

grises. Ay! ¡las enfermedades improvisan la vejez!

A las doce volvió el médico, hizo algunas prescripciones, preguntó si había vuelto el alcalde y movió tristemente la cabeza.

Magdalena acostumbraba todos los días á visitar á la enferma á las tres, y como en este caso la exactitud era bondad, era exacto.

Fantina principió á inquietarse á las dos y media. En menos de veinte minutos preguntó más de diez veces á la Hermana de la Caridad:

—Qué hora es, hermana?

Dieron las tres. A la tercera campaña, Fantina, que apenas podía moverse en el lecho, se sentó bruscamente, cruzó convulsa las manos descarnadas y amarillentas y exhaló del pecho uno de esos suspiros profundos que parece que levantan un gran peso; despues dirigió las miradas á la puerta.

Ni se abría la puerta ni entraba nadie.

Permaneció con los ojos fijos en ella un cuarto de hora, inmóvil y en silencio.

Sor Simplicia no se atrevía á hablarla.

El reloj de la iglesia dió las tres y cuarto. Fantina se dejó caer sobre la almohada.

No dijo ni una palabra y se puso á hacer dobleces con la sábana.

Pasó media hora, despues una; nadie entró. Cada vez que se oía el reloj, Fantina se incorporaba, miraba hácia la puerta y volvía á dejarse caer.

Con claridad se descubría su pensamiento; pero no pronunciaba ningun nombre, no se quejaba, no culpaba á nadie. Tosía de un modo lúgubre. Habría dicho que una nube oscura iba bajando sobre ella. Estaba lívida y tenía los labios azulados; sin embargo, se sonreía algunas veces.

Dieron las cinco. La Hermana de la Caridad oyó que Fantina decía en voz muy baja:

—Ya que me voy mañana, hace mal en no venir á verme hoy.

Sor Simplicia estaba tambien admirada del retraso del señor Magdalena.

Entre tanto Fantina miraba fijamente al techo de la habitacion, como queriendo recordar algo. De repente se puso á cantar con voz tan débil como un soplo. Sor Simplicia escuchó.

Lo que cantaba Fantina era una antigua cancion de nodriza, con la que solía dormir á Cosette y que no había re-

cordado su imaginacion durante los cinco años que pasó sin ver á su hija.

Cantó con voz tan triste y al mismo tiempo tan dulce, que hasta á sor Simplicia, habituada á la austeridad, se le escapó una lágrima.

Dieron las seis, sin que al parecer Fantina oyese las horas ni prestara atencion á nada de lo que sucedía á su alrededor.

Sor Simplicia envió una criada á que preguntara á la portera de la fábrica si había vuelto el señor alcalde y si iría pronto á la enfermería. La sirvienta volvió al cabo de algunos minutos.

Fantina seguía inmóvil, prestando solo atencion á sus ideas.

La sirvienta refirió en voz muy baja á sor Simplicia que el señor Magdalena salió por la madrugada, á las cinco, á pesar del frio, en un tilburi tirado por un caballo blanco, solo, sin cochero; que unos decían que había tomado el camino de Arras y otros el de Paris; que al marcharse estuvo amable como siempre con la portera, pero que la dijo que no le esperase esta noche.

Mientras que las dos mujeres, dando las espaldas á la cama de Fantina, hablaban en voz baja, ésta, con la viveza febril propia de ciertas enfermedades orgánicas, en las que se combinan los movimientos libres de la salud con la espantosa debilidad de la muerte, se puso de rodillas en la cama, apoyando sus crispadas manos en la almohada, y escuchó sacando la cabeza por entre las cortinas. De repente exclamó:

—¿Estais hablando del señor Magdalena? por qué hablais bajo? qué hace? por qué no viene?

Su voz era tan brusca y tan ronca, que las dos mujeres creyeron oír una voz de hombre y se volvieron asustadas.

—Respondedme, gritó Fantina.

La criada balbuceó:

—La portera me ha dicho que no podía venir hoy.

—Hija mia, le dijo la hermana, estad tranquila, acostaos.

Fantina, sin cambiar de actitud, respondió en voz alta y con acento imperioso:

—No podrá venir? por qué? vosotras sabeis la causa y os la comunicais en secreto. Yo quiero saberla.

La criada se apresuró á decir á la religiosa al oído:

—Decid que está ocupado en el Ayuntamiento.

Sor Simplicia se ruborizó ligeramen-

te: la criada le proponía que dijera una mentira. Por otra parte, creía que decir la verdad á la enferma la causaría un gran dolor, cosa temible en el estado grave de Fantina. Pasado el rubor, sor Simplicia dirigió á la enferma la mirada tranquila y triste, y la dijo:

—El señor alcalde ha marchado fuera de la poblacion.

Fantina se incorporó. Sus ojos brillaron; inmensa alegría se difundió por su fisonomía dolorida.

—Ha marchado! exclamó. ¡Ha ido á buscar á Cosette!

Despues levantó los brazos al cielo, y en su rostro se pintó expresion inefable. Movió los labios y oró en voz baja.

Cuando terminó de orar, dijo:

—Hermana mia, voy á acostarme otra vez y á obedeceros en todo. He sido mala y os pido perdon por haber hablado tan alto. Sé que me perjudica. Ahora ya veis que estoy muy contenta. Dios es muy bueno, y tambien lo es el señor Magdalena, que ha ido á Montfermeil á buscar á Cosette.

Ayudó á sor Simplicia á arreglar la almohada, volvió á acostarse y besó una cruzecita de plata que llevaba al cuello, regalo de sor Simplicia.

—Hija mia, dijo la religiosa, descansad ya y no habléis más.

Fantina cogió con sus manos húmedas la mano de sor Simplicia, que sufría al sentir el contacto de aquel sudor mortal.

—Saldria esta mañana para Paris, aunque no tiene necesidad de llegar á dicha capital. Montfermeil está un poco á la izquierda viniendo hácia aquí. ¿Os acordais de ayer cuando le preguntaba por Cosette, que me decía que pronto la vería? Pues eso es que quiere darme una sorpresa. Me hizo firmar una carta para reclamársela á Thenardier, que le entregarán mi hija, porque les habrá pagado todo lo que yo les debía, y las autoridades no consentirian que se quedase en la posada mi niña, no debiéndoles nada á los posaderos. No me hagais señas para que calle. Soy muy feliz; estoy mucho mejor; voy á ver á Cosette; tengo hambre de verla. Hace cerca de cinco años que no la he visto. ¡No podeis figuraros lo que se quiere á los hijos! ¡Estará ahora tan hermosa! Tenía los deditos tan rosados! ¡Debe tener las manos muy bonitas! ¡Estará ya muy crecida! Tiene siete años. Será ya una mujercita. Yo la llamo Cosette, pero su nombre es Eufrasia. Esta mañana, mirando el polvo que había en la chimenea, pensaba en que la vería pron-

to. Dios mio! ¡Qué triste es pasar muchos años sin ver á un hijo!... ¡Qué bueno es el señor alcalde que ha ido á traérmela!... Vendrá mañana, es verdad? Mañana será para mí un dia de fiesta. Mañana por la mañana recordadme que me ponga la papalina de encaje. El señor alcalde hace por mí un largo viaje, pero las diligencias van muy de prisa. Yo hice ese viaje á pié. Mañana estará aquí Cosette. ¿Cuánto hay desde aquí á Montfermeil?

Sor Simplicia, que no tenía idea alguna de las distancias, respondió:

—Creo que mañana podrá estar de vuelta.

—Veré á mi Cosette mañana! Creo, hermana, que ya no estoy enferma. Estoy loca de regocijo. Si me pidieran que bailase, bailaria.

El que la hubiera visto un cuarto de hora antes la hubiera desconocido. Estaba sonrosada, hablaba con voz viva y natural; todo su semblante se había convertido, por decirlo así, en una sonrisa. Había momentos en que se reía hablando en voz baja; alegría de madre, que es casi como la alegría del niño.

—Vamos, la dijo sor Simplicia, ya que soy feliz, obedecedme y no habléis más.

Fantina echó la cabeza sobre la almohada y se dijo á sí misma:

—Acuéstate y ten juicio, ya que vas á ver á tu hija: sor Simplicia tiene razon; todos en esta casa tienen razon.

Despues, sin moverse, sin menear la cabeza, se puso á mirar por todas partes con sus grandes ojos abiertos, con alegría, y ya no habló.

La hermana corrió las cortinas creyendo que dormía. Entre las siete y las ocho llegó el médico. No oyendo ruido alguno creyó á Fantina dormida, entró con cautela y se acercó de puntillas á la cama. Separó un poco las cortinas y vió que la enferma le miraba fijamente y con tranquilidad. En cuanto Fantina le vió le hizo esta pregunta:

—¿Verdad que dejareis que la acuesten en una camita á mi lado?

El médico creyó que deliraba; ella añadió:

—Queda el sitio preciso.

El médico llamó aparte á sor Simplicia, que le explicó lo sucedido, refiriéndole que el señor Magdalena había salido de la poblacion por uno ó dos dias y que ella no quiso desengañar á la enferma, que creía que el señor alcalde ha-

bia ido á Montfermeil, que despues de todo podia ser verdad.

El médico aprobó la conducta de sor Simplicia, y acercándose á la cama, oyó que Fantina decia:

—Cuando despierte por la mañana la daré los buenos dias, y por la noche, como no duermo, la veré dormir. Oír su respiracion me dará la vida.

—Dadme el pulso, dijo el médico.

Extendió el brazo y exclamó riendo:

—Ah! Es verdad!... No lo sabeis!... Ya estoy buena. Cosette llega mañana.

El médico se sorprendió al encontrarla mejor; tenia menos opresion y el pulso habia recobrado fuerzas. Estaba reanimado aquel cuerpo desfallecido.

—¿Os ha dicho la hermana, señor doctor, que el señor alcalde ha ido á buscar á mi hija?

El médico la recomendó el silencio y que evitase toda emocion desagradable. La prescribió una infusion de quinina pura, y en el caso de que le repitiera la calentura por la noche, una pocion calmante. Al marcharse le dijo á sor Simplicia:

—Esto vá mejor. Si tuviésemos la suerte de que el señor Magdalena volviera mañana con la niña, quién sabe! Hay crisis muy asombrosas, y han hecho algunas curaciones las grandes alegrías, y aunque sé que su enfermedad orgánica está muy adelantada, sé tambien que hay aun mucho desconocido de esta clase de enfermedades. Tal vez se salvaria.

VII.

Al llegar el viajero al término del viaje toma precauciones para la vuelta.

Cerca de las ocho de la noche eran cuando el carricoche que dejamos en el camino entró por la puerta-cochera de la casa de postas de la ciudad de Arras. El viajero se apeó, respondió distraído á las atenciones de los criados de la posada, despidió al postillon con su caballo de refuerzo y llevó él mismo á la cuadra el caballo blanco. Despues empujó la puerta de una sala baja, entró y se sentó, apoyando los codos en una mesa. Empleó catorce horas en el viaje que pensaba hacer en seis: se hacia la justicia de creer que no fué por culpa suya, pero en el fondo no le pesaba.

La posadera entró y le preguntó:

—¿Quereis comer ó acostaros?

El viajero hizo un signo negativo.

—Dice el mozo de cuadra que el caballo del señor está muy cansado.

—¿No podrá volver á ponerse en camino mañana temprano? preguntó el viajero.

—Oh! no. Necesita dos dias de descanso lo menos.

—Esta es casa de postas?

—Sí, señor.

La posadera guió al viajero al despacho, donde presentó el pasaporte y se informó si podria volverse aquella misma noche á Montreuil-sur-Mer en el correo. El asiento al lado del conductor precisamente estaba vacante; lo tomó y pagó su importe.

—A la una en punto parte el coche; os suplico que no falteis, le dijo el encargado.

Despues salió el viajero de la posada y empezó á andar por la poblacion.

No conocia la ciudad; las calles estaban oscuras y andaba á la ventura, pero se empeñaba en no preguntar nada á los transeuntes. Atravesó el riachuelo Crinchon y se encontró en un laberinto de callejuelas estrechas, en el que se perdió; al ver á un hombre que llevaba un gran farol, se decidió á preguntarle, mirando antes á derecha é izquierda, temeroso sin duda de que álguien oyese su pregunta:

—Amigo mio, ¿hareis el favor de indicarme por dónde se vá al Tribunal de Justicia?

—Veo que no sois de esta ciudad, respondió el transeunte, que era un viejo; conque así seguidme. Precisamente voy allí, es decir, á la Prefectura, que es donde ahora se reunen los jueces del tribunal, ínterin acaban de reparar las salas de Justicia.

—Allí se reunen?

—Sí, señor. Lo que hoy es la Prefectura, era el palacio episcopal antes de la revolucion. El obispo Conzie el año 1782 hizo construir una gran sala, que es donde hoy se reune el tribunal.

Mientras caminaban dirigiéndose al sitio indicado, el viejo le dijo:

—Si deseais presenciari algun proceso, ya es algo tarde; creo que concluyen las sesiones á las seis.

Cuando llegaron á la plaza Mayor, el viejo enseñó al viajero cuatro ventanas grandes é iluminadas en la fachada de un vasto y tenebroso edificio.

—Pues teneis la fortuna de llegar á tiempo, dijo el vecino de Arras. Esas cuatro ventanas grandes son las de la sala del tribunal; se ve la luz dentro,

luego no debe haber terminado la sesion. Será algun negocio largo y quizás prosiga la audiencia durante la noche. ¿Teneis interés en esa causa? ¿Sois acaso un testigo?

El viajero le respondió:

—No vengo por ningun proceso, pero tengo que hablar con un abogado.

—Eso es otra cosa, repuso el viejo. Ahí teneis la puerta, donde está el centinela. Subid por la escalera principal.

El viajero siguió las indicaciones del viejo y poco despues se encontró en una sala llena de gente, en la que, en varios grupos, algunos abogados vestidos de toga cuchicheaban.

Oprime el corazon ver esos grupos de hombres vestidos de negro que murmuraban entre ellos en voz baja á la puerta de la sala del tribunal. Es raro encontrar caridad y compasion en sus palabras, pero no encontrar en ellas condenas anticipadas. Esos grupos parecen al que los observa sombrías colmenas ó espíritus zumbantes, que fabrican en comun tenebrosas viviendas.

La sala era espaciosa y la alumbraba una sola lámpara; era una antigua galería del palacio episcopal y servia ahora de antecámara al tribunal. Una puerta de dos hojas, cerrada entonces, la separaba de la sala en que estaba reunido el tribunal.

Habia allí tanta oscuridad, que el viajero no vaciló en dirigirse á preguntar al primer abogado que encontró:

—Caballero, ¿cuál es el estado de la causa?

—Ya se terminó.

—Se terminó!

Dijo el viajero de tal manera esta exclamacion, que el abogado se volvió hácia él y le interrogó:

—Sois tal vez algun pariente?

—No. No conozco á nadie en la ciudad.

Hubo condena?

—Sin duda. Era preciso.

—A presidio?

—A cárcel perpétua.

—Se ha probado la identidad? se atrevió á decir con voz tan débil que apenas se oia.

—¿Qué identidad? replicó el abogado. No habia identificacion de persona que hacer. El asunto era claro. Esa mujer mató á su hijo y se la ha probado el infanticidio. Desechando el Jurado el cargo de premeditacion, ha sido condenada á galeras por toda la vida.

—Pero es una mujer la criminal?

—Ciertamente; la jóven Limosin. ¿De qué hablais, pues?

—De nada, puesto que ha terminado la audiencia; pero entonces, ¿cómo es que está la sala iluminada todavia?

—Porque están viendo otro proceso que ha empezado hace dos horas.

—¿Qué proceso?

—Otro proceso tambien muy raro; el de un truhán, un reincidente, un presidiario que ha cometido un robo. No recuerdo su nombre, pero verdaderamente tiene cara de bandido: solo por su cara le enviaria yo á presidio.

—Señor abogado, ¿no podria yo entrar en la sala?

—Creo que no. Hay mucha gente. Sin embargo, al suspenderse la audiencia han salido algunos; puede que al volverse á abrir la puerta podais entrar. Probad.

—Por dónde se entra?

—Por esa puerta grande.

El abogado se separó del viajero. Este en pocos instantes, casi simultáneamente, experimentó todas las emociones posibles. Las palabras de aquel hombre indiferente le atravesaron el corazon como agujas de hielo y como cuchillos de fuego.

Cuando supo que no habia terminado la causa respiró, pero no hubiera podido decir si lo que sentia era alegría ó dolor.

Se acercó á algunos grupos y escuchó lo que decian. Habiendo muchos procesos que juzgar durante el período de la reunion de los jurados, el presidente del tribunal habia señalado para aquella noche dos de los más sencillos y breves. Se vió primero el del infanticidio y luego la del presidiario reincidente. Este hombre era acusado del robo de unas manzanas, pero el robo no estaba bien probado; lo que sí lo estaba es que fué presidiario en Tolon: esta circunstancia era la que habia presentar mal cariz á su causa. Habian terminado ya el interrogatorio y las declaraciones de los testigos, pero faltaba todavia la acusacion del fiscal y la defensa del abogado, por lo que la vista no terminaria quizás hasta las doce de la noche. Probablemente se condenaria al acusado; el fiscal era muy elocuente y conseguia casi siempre lo que pedia; era un jóven de talento, que escribia versos.

Cerca de la puerta de la sala del tribunal habia un portero de guardia, á quien el viajero preguntó:

—¿Abrirán pronto la puerta?

—No se abrirá ya, contestó el portero.

—¿No se abrirá cuando continúe la vista? No está suspendida ahora?

—Se suspendió, pero ya volvió á continuar, pero la puerta no se abre ya.

—Por qué?

—Porque la sala está llena.

—Pero no habría ni un solo sitio?...

—Ni uno; por eso está cerrada la puerta.

Después de un momento de silencio, el portero añadió:

—Solo hay dos ó tres sitios vacíos detrás del señor presidente, pero solo los pueden ocupar los funcionarios públicos.

Diciendo esto volvió las espaldas.

El viajero se retiró con la cabeza baja, atravesó la antecámara y bajó la escalera con lentitud; es probable que celebrase consejo consigo mismo. La violenta lucha empeñada en su interior desde la víspera no había concluido, se complicaba á cada momento con una nueva peripecia. Cuando llegó á la meseta de la escalera se arrimó á la barandilla y se cruzó de brazos. De repente se desabrochó la levita, sacó la cartera, tomó de ella el lápiz, arrancó una hoja y escribió á la luz de un farol estas palabras: *El señor Magdalena, alcalde de Montreuil-sur-Mer.*—Después subió rápidamente la escalera, atravesó la multitud, se dirigió al portero, le entregó el papel en el que había escrito y le dijo con voz de mando:

—Entrad esto al señor presidente.

El portero tomó el papel, lo leyó de una ojeada y obedeció.

VIII.

Entrada de favor.

El alcalde de Montreuil-sur-Mer, sin sospecharlo siquiera, había adquirido popular nombradía. Hacia siete años que su reputación de virtud se extendía por todo el Bajo-Boloñésado, traspasando los límites de dicha comarca y llegando á las dos ó tres provincias contiguas. Aparte del servicio que hizo á la capital reformando la industria de los abalorios negros, no había ni uno de los ciento cuarenta y un ayuntamientos del distrito que no le debiese algún beneficio, y había ayudado y protegido la industria de los demás distritos. Sostuvo con su crédito y con sus fondos la fábrica de tules de Boloña, la de hilados de lino á máquina de Frevent y los telares hidráulicos de Bombers-sur-Canche. Por

todas partes se pronunciaba con veneración el nombre del señor Magdalena. Arras y Donai envidiaban su alcalde á la dichosa y exígua ciudad de Montreuil-sur-Mer.

El magistrado del tribunal superior de Arras, que presidía el Jurado de Arras, conocía, como todo el mundo, nombre tan respetable y honrado universalmente. Cuando el portero, abriendo discretamente la puerta que comunicaba con la sala de la vista, se inclinó detrás del sillón del presidente y le entregó el papel, añadiendo:—*Este señor desea asistir á la vista,* hizo el presidente vivo ademán de deferencia, tomó una pluma, escribió algunas palabras en el mismo papel, se lo devolvió al portero y le dijo:—*Que entre.*

El viajero permanecía cerca de la puerta de la sala, en el mismo sitio y en la actitud meditabunda en que el portero le dejó, y al través de su abstracción oyó una voz que le decía:—*Tened la bondad de seguirme.* Era el portero, que hacia poco le volvió las espaldas y que ahora se inclinaba profundamente para saludarle, y que le devolvió el papel. El viajero lo desdobló, y como estaba cerca de una lámpara pudo leer:

“El presidente del Jurado ofrece sus respetos al señor Magdalena.”

Estrujó el papel entre las manos, como si las pocas palabras que contenía tuviesen para él sabor extraño y amargo, y siguió al portero.

Poco después estaba solo en un gabinete artesonado, de aspecto severo, que alumbraban dos bujías colocadas sobre una mesa con tapete verde. Aun resonaban en sus oídos estas palabras, que el portero le dijo al separarse de él:—*“El señor se encuentra ahora en la sala de las deliberaciones: con solo dar la vuelta al boton de cobre de la puerta se encontrará en la sala del tribunal, detrás del sillón del presidente.”* Estas palabras se mezclaban en su pensamiento al recuerdo vago de corredores estrechos y de escaleras oscuras que acababa de pasar.

El portero le dejó solo. Llegaba para Juan Valjean el momento supremo. Procuraba recogerse dentro de sí mismo y no podía conseguirlo. En los momentos en que el hombre más necesita pensar en las realidades de la vida, es precisamente cuando se rompen en el cerebro los hilos del pensamiento.

Estaba en el sitio en que los jueces deliberan y condenan: miraba con estúpida tranquilidad aquella cámara silenciosa y

terrible, donde tantas existencias fueron quebrantadas, donde su nombre iba á resonar dentro de poco y que su destino atravesaba en aquel instante. Examinaba las paredes, y luego á sí mismo, asombrándose de estar en aquel sitio y de ser él.

Hacia veinticuatro horas que no había comido; estaba fatigado del movimiento del carruaje, pero no lo sentía; parecía insensible á todo.

Se acercó á la pared y se paró ante un cuadro de marco negro, que encerraba, cubierta con un cristal, una carta autógrafa de Juan Nicolás Pache, alcalde de Paris y ministro, fechada, sin duda por equivocación, el 9 de Junio del año II, en la que Pache enviaba al ayuntamiento la lista de los ministros y diputados arrestados en sus propios domicilios.

El que hubiese visto entonces al viajero hubiera creído que aquella carta excitaba su curiosidad, porque no apartaba de ella la vista, y la leyó dos ó tres veces. Pero la leía sin prestar atención y sin proponérselo. Estaba pensando en Fantina y en Cosette.

Bruscamente se volvió y descubrió el boton de cobre de la puerta que le separaba de la sala de la audiencia, de cuya puerta ya casi se había olvidado. Su mirada, hasta entonces tranquila, se fijó en aquel boton, se extravió, y poco á poco adquirió la expresión del espanto. Gruesas gotas de sudor salían de entre sus cabellos y corrían por sus sienas.

Hubo un momento en que hizo un gesto indescriptible, que participaba de la autoridad y de la rebelión, y que quería decir:—*“Pardiez, ¿y quién me obliga á mí?”* Se volvió con viveza, vió la puerta por donde había entrado, se dirigió á ella, la abrió y salió.

Encontróse en un pasillo largo, estrecho, cortado por escalones y postigos que formaban toda clase de ángulos y que alumbraban aquí y allá faroles parecidos á lamparillas de enfermos: era el pasillo por donde entró.

Escuchó, y no percibiendo ruido alguno por delante ni por detrás de él, continuó huyendo sin que nadie le persiguiera.

Cuando recorrió algunos recodos del pasillo se puso á escuchar otra vez. El mismo silencio y la misma oscuridad le rodeaban. Estaba sofocado y temblaba; tuvo que apoyarse en la pared; era ésta de piedra y estaba fría: se heló el sudor en su frente y se enderezó estremecido.

Se puso á meditar: meditando había pasado toda la noche y todo aquel día, oyendo solo en su interior una voz que exclamaba: *Ay de tí!* Así transcurrió un cuarto de hora. Por fin inclinó la cabeza, suspiró con angustia, dejó caer los brazos y volvió atrás. Andaba con lentitud y como abrumado; parecía que le habían alcanzado en su fuga y que le hacían retroceder.

Entró por segunda vez en la cámara de las deliberaciones, y lo primero que le hirió la vista fué el boton de la puerta, que era de cobre pulimentado y resplandecía para él como siniestra estrella, y le contemplaba como una oveja que mira á un tigre.

No podía separar la vista de aquel boton.

De rato en rato daba un paso y se aproximaba á la puerta. Si su estado le hubiera permitido escuchar, hubiera oído el ruido confuso que salía de la sala de la audiencia, pero ni podía oír ni escuchar.

De pronto, sin saber cómo, estuvo cerca de la puerta y cogió convulsivamente el boton: la puerta se abrió.

El viajero estaba ya en la sala de la audiencia.

IX.

Sitio donde empiezan á formarse las convulsiones.

Dió un paso, cerró maquinalmente la puerta tras sí y se quedó de pie examinando lo que veía.

La sala de las vistas era un vasto recinto poco alumbrado, ya silencioso, ya lleno de rumores, en el que se desarrollaba todo el aparato de un proceso criminal, con su lúgubre gravedad, en medio del público.

En el extremo de la sala en que se encontraba el viajero, los jueces, con aire distraído, con la toga ya usada, se mordían las uñas ó cerraban los párpados; en el otro extremo se apretaba muchedumbre andrajosa, abogados en toda clase de actitudes y soldados de fisonomía dura y honrada. El entarimado estaba lleno de manchas; el techo sucio; las mesas cubiertas con tapetes de color verde amarillento; las puertas ennegrecidas; los quinqués eran tabernarios y despedían más tufo que claridad; en las mesas había algunas velas de sebo metidas en candeleros de cobre: había en aquel conjunto oscuridad, fealdad y tristeza, y producía impresión grave y

augusta; porque en él se descubría esa gran cosa humana que se llama ley y esa gran cosa divina que se llama justicia.

Nadie reparó en la entrada del viajero: las miradas de todos los asistentes estaban fijadas en un banco de madera situado cerca de una puertecilla, á la izquierda del presidente. En aquel banco, que alumbraban varias velas, había un hombre sentado entre dos gendarmes. Era el acusado. El viajero, sin buscarle, le vió. Sus miradas se dirigieron naturalmente hácia allí, como si de antemano supiera el sitio que debía ocupar.

Juan Valjean creyó verse á sí mismo, envejecido, no con rostro idéntico, pero sí con el mismo aspecto, con sus cabellos erizados, con su mirada fosca é inquieta, con su blusa, lleno de odio y ocultando en el alma el repugnante tesoro de pensamientos horribles que había recogido durante muchos años en los sufrimientos del presidio.

Extremeciéndose, se dijo á sí mismo:

—Dios mio! ¡En eso me voy á convertir!...

El acusado manifestaba tener lo menos sesenta años: se leían en su aspecto la rudeza, la estupidez y el espanto.

Al ruido que hizo la puerta al entrar el viajero, el presidente volvió la cabeza, y comprendiendo que el personaje que acababa de aparecer en la sala era el alcalde de Montreuil-sur-Mer, le saludó. El fiscal, que había visto algunas veces al señor Magdalena, por haber tenido que desempeñar en varias ocasiones las funciones de su ministerio en la expresada ciudad, le saludó también.

El viajero apenas lo notó. Estaba sometido á una especie de alucinación y miraba nada más.

Hacia veintisiete años que vió lo mismo que ahora: jueces, escribanos, gendarmes y multitud de cabezas cruelmente curiosas. Volvía á presenciar aquel espectáculo lúgubre: todas esas cosas funestas allí estaban, allí se movían. No era aquello un esfuerzo de su memoria ni un espejismo de su imaginación; eran verdaderos gendarmes, verdaderos jueces, verdaderos espectadores, verdaderos hombres de carne y hueso. Veía reaparecer, con su horrible realidad, las escenas monstruosas de su pasado.

Horrorizóse y cerró los ojos, exclamando desde lo más profundo de su alma:—Jamás!

Por un capricho trágico de su destino, que le hacía temblar y casi le enloquecía,

estaba delante de él *otro él mismo*. Otro acusado que todos tomaban por Juan Valjean. Tenía ante sus ojos la visión más extraordinaria, la escena más horrible de su vida, representada por su propio fantasma. Era la misma escena con el mismo aparato; á la misma hora de la noche, casi con las mismas caras de jueces, de soldados y de espectadores; solo que por encima del presidente sobresalía un crucifijo, que no estaba en la sala de los tribunales que le condenaron. Entonces Dios estaba ausente de ellos.

Había una silla detrás de él, en la que se dejó caer, temiendo que pudieran verle, y ya sentado, ocultó la cabeza detrás de un alto montón de papeles que ocupaba parte de la mesa de los jueces: así podía ver sin ser visto. Poco á poco recobró el sentimiento de la realidad y se serenó, adquiriendo el estado de calma que permite ver y escuchar.

El señor Bamatabois era uno de los jurados.

Buscó con la vista á Javert, pero no lo encontró. La mesa del escribano le ocultaba el banco de los testigos, además de que, como dijimos, la sala estaba poco alumbrada.

Cuando el viajero se sentó en la sala de la audiencia, terminaba la defensa el abogado. Estaba muy excitada la atención de los espectadores: la vista duraba ya tres horas. Tres horas hacía que la concurrencia veía doblegarse poco á poco, bajo el peso de una semejanza horrible, á un hombre, á un desconocido, á un miserable profundamente estúpido ó profundamente hábil. Era el acusado un vagabundo apresado en el campo, cargado con una rama de manzanas maduras de una heredad. ¿Quién era aquel hombre? Se procedió á su investigación: las declaraciones de los testigos eran conformes y los hechos estaban puestos en claro. La acusación decía:—“No solo es un ladrón de fruta y merodeador, sino un bandido, un relapso, un antiguo presidiario, un malvado de los más peligrosos, un malhechor que se llama Juan Valjean, á quien la justicia persigue mucho tiempo, y que hace ocho años, cuando terminó la condena del presidio de Tolon, cometió un robo en despoblado y á mano armada en la persona de un saboyano llamado Gervasillo; crimen previsto por el art. 383 del Código penal, de cuyo crimen nos reservamos juzgarle cuando se haya averiguado la identidad legal de su persona. Acaba de cometer otro robo, que constituye un caso de

reincidencia. Condenadle por el hecho reciente; después le juzgareis por el antiguo.”

El acusado parecía asombrarse de esta acusación y de la unanimidad de los testigos. Hacía signos y gestos significativos que querían decir que no, ó miraba al techo atentamente. Hablaba con torpeza, respondía con gran trabajo, pero lo negaba todo. Aparecía como un idiota ante aquellas inteligencias formadas en batalla á su alrededor, como un extranjero ante la sociedad que le rodeaba.

Sin embargo, allí se fraguaba un porvenir amenazador; su semejanza con Juan Valjean á cada instante era mayor, y la multitud miraba con más ansiedad que él mismo la sentencia llena de calamidades que se cernía sobre su cabeza. Hasta preveía la eventualidad que la pena de cárcel perpétua se convirtiese en pena capital si se reconocía su identidad y si sobre el robo de Gervasillo recaía condena. ¿De qué índole era, pues, la apatía del acusado? Era imbécil ó astuto? ¿Comprendía demasiado ó no comprendía nada? De ambas opiniones participaba la multitud y la dividían, lo mismo que al Jurado. En aquel proceso había enredo y causaba horror; el drama, además de sombrío, era oscuro.

El defensor había hablado bastante bien, empleando el lenguaje provinciano que ha constituido durante mucho tiempo la elocuencia del foro y que antiguamente usaban todos los abogados, lo mismo en París que en Romorantin y que en Montrison, y que en la actualidad, al hacerse clásico, le usan solo los oradores oficiales del ministerio público, á los que sienta bien por su sonoridad grave y por su frase majestuosa; lenguaje en el que el marido se llama *esposo* y la mujer *esposa*; París, el *centro de las artes y de la civilización*; el rey, *el monarca*; el obispo, *un Santo Pontífice*; el fiscal, *el elocuente intérprete de la vindicta pública*; el siglo de Luis XIV, *el gran siglo*; el teatro, *el templo de Melpómene*; la familia reinante, *la augusta sangre de nuestros reyes*; un concierto, *una solemnidad musical*, etc. etc.

El abogado defensor empezó por ocuparse del robo de las manzanas—cosa no fácil para decirla en estilo elevado; pero el mismo Bossuet tuvo necesidad de aludir á una gallina en una de sus oraciones fúnebres y lo hizo con elocuencia.—El defensor asentó que el robo de las manzanas no estaba materialmente probado. No habían visto á su defendido escalar la pared ó romper la rama del

árbol; le cogieron con ella en la mano, es cierto, pero el acusado dice que se la encontró, y nadie ha probado lo contrario.

—Sin duda arrancaron la rama robada después del escalamiento y la arrojó acaso al suelo el ladrón, que se atemorizó; ¿pero qué prueba que dicho ladrón fuese Champmathieu? Solo una cosa; que había sido presidiario. El defensor no negaba que esta circunstancia parecía, por desgracia, bien probada: el acusado residió en Faverolles, fué podador, el nombre de Champmathieu podía muy bien tener por origen Juan Mathieu, todo esto era verdad; además, cuatro testigos habían reconocido que Champmathieu era el presidiario Juan Valjean. A estos datos y á estos testimonios el defensor solo podía oponer la negativa del acusado, que es negativa interesada; pero aunque fuese el presidiario Juan Valjean, esto no era una prueba de que hubiese robado las manzanas. Era todo lo más una presunción. El defensor, para demostrar su buena fé, declaraba que el acusado había adoptado mal sistema de defensa al obstinarse en negarlo todo, el robo y su condición de presidiario. La confesión de esto último le hubiera valido más y le hubiera granjeado la indulgencia de los jueces; así se lo aconsejaba su defensor; pero el acusado no quiso seguir este consejo, creyendo sin duda salvarse negándolo todo. No era hábil su cálculo; pero debía tenerse en cuenta su escasa inteligencia. Aquel hombre era visiblemente estúpido. Su larga permanencia en el presidio y la miseria en que vivió fuera de él le habían embrutecido, etc. etc. Defendíase mal, pero esto no era una razón para condenarle. El abogado defensor concluía suplicando al Jurado y al tribunal que, si creían evidente la identidad de Juan Valjean, le aplicasen las penas de policía que corresponden á los transgresores de un bando, y no el castigo terrible que recae sobre el presidiario reincidente.

El fiscal replicó al abogado defensor. Estuvo violento y florido, como lo están habitualmente los fiscales.

Felicité al defensor por su lealtad y supo sacar partido de ella, atacando al acusado por todas las concesiones que le hizo el encargado de su defensa: una de ellas sentar casi que el reo era Juan Valjean; el fiscal tomó acta de dicha afirmación. Sobre este hecho, pues, ya no había debate. Después, por medio de una hábil antonomasia, remontándose al origen y á las causas de la criminalidad, el